

EL «TRACTATUS» DE WITTGENSTEIN

GUÍA DE LECTURA

Michael Morris



CÁTEDRA

Michael Morris

*El «Tractatus» de
Wittgenstein
Guía de lectura*

Traducción de Rodrigo Neira Castaño

Índice

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

1. La obra y su historia
2. Problemas para los intérpretes
3. El estudio académico del «Tractatus»
4. El enfoque del presente trabajo
5. Visión general kantiana
6. Nota sobre traducciones
7. Referencias

CAPÍTULO I. La naturaleza del mundo

- 1A. Un boceto de metafísica
- 1B. El mundo como la totalidad de los hechos
- 1C. Hechos y cosas
- 1D. La sustancia del mundo
- 1E. El mundo como mundo de hechos: una recapitulación
- 1F. Los compromisos metafísicos del «Tractatus»

CAPÍTULO II. El legado de Frege y Russell

- 2A. La importancia del lenguaje
- 2B. El giro objetivo
- 2C. El giro objetivo y la delgadez del significado
- 2D. El giro objetivo y la unidad de la proposición
- 2E. La unidad de la proposición y la teoría del juicio como relación múltiple
- 2F. La unidad de la proposición, los correlatos de las palabras y el principio contextual
- 2G. Forma lógica y constantes lógicas

2H. Las posturas de Frege y Russell sobre las matemáticas

CAPÍTULO III. La teoría general de la representación

3A. El punto de partida de Wittgenstein

3B. El modelo de los tribunales de París

3C. La teoría general de la representación

3D. La imposibilidad de figurar la forma

3E. Pensamientos y forma lógica

CAPÍTULO IV. Las oraciones como modelos

4A. Exposición preliminar

4B. Mismidad de forma y reglas de traducción

4C. Mismidad de forma, sentido y sinsentido

4D. El principio contextual y la forma general de la oración

4E. El análisis y las oraciones elementales

4F. Predicados y relaciones

4G. La solución a los problemas heredados de Frege y Russell

4H. La metafísica del «Tractatus»

CAPÍTULO V. Lógica y oraciones compuestas

5A. Problemas

5B. El «pensamiento fundamental» de Wittgenstein

5C. El operador N

5D. La lógica y la forma general de la oración

5E. Lógica y tautología

5F. Extensionalidad

CAPÍTULO VI. Solipsismo, idealismo y realismo

6A. Una afirmación dramática

6B. El trasfondo

6C. «Lo que el solipsismo quiere decir es totalmente correcto»

[6D. «El mundo es mi mundo» —un planteamiento kantiano](#)

[6E. «El mundo es mi mundo» —un argumento cartesiano](#)

[6F. Solipsismo, realismo y el sujeto](#)

[6G. El solipsismo y lo que no se puede decir](#)

[CAPÍTULO VII. Metafísica, ética y los límites de la filosofía](#)

[7A. El problema de la posibilidad de la metafísica](#)

[7B. La necesidad y las leyes de la naturaleza](#)

[7C. Ética](#)

[7D. Metafísica y filosofía](#)

[7E. La paradoja del «Tractatus»](#)

[APÉNDICE . El argumento de la sustancia](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

[CRÉDITOS](#)

Prefacio

Este libro deriva en último término de algunas lecciones que impartí cuando di clases sobre el *Tractatus* por primera vez en un curso universitario. Mi amigo Julian Dodd y yo mismo tuvimos la idea de juntar esos contenidos con algunas cosas en las que él estaba interesado —relativas a la noción de verdad y a interpretaciones recientes del *Tractatus*— para hacer un libro. Con esto en mente, escribimos un artículo en colaboración acerca de la aparente paradoja del *Tractatus* (Morris y Dodd, 2008), cuyas conclusiones principales aparecen en el capítulo final de este libro.

Al final, sin embargo, otros compromisos filosóficos apartaron a Julian de este proyecto, y ese artículo fue la única cosa que escribimos juntos. Eso quiere decir que sólo yo soy el responsable de todo cuanto contiene este libro, salvo de los pasajes del capítulo final, que se derivan de nuestro artículo conjunto. Le estoy, sin embargo, enormemente agradecido a Julian por su apoyo en el proceso de elaboración de este libro, así como por su contribución en la elaboración de nuestro artículo conjunto.

Estoy asimismo en deuda con muchas personas con las que he mantenido conversaciones en las que me han ayudado quizá más de lo que ellas pensaron. De entre ellas me gustaría mencionar a las siguientes en particular: Leo Cheung, Richard Gaskin, Andreas Georgallides, Warren Goldfarb, Colin Johnston, Marie McGinn, Adrian Moore, Michael Potter, Thomas Ricketts, Tanja Staehler, Roger White y José Zalabardo. Peter Sullivan leyó la penúltima versión del libro completo y me hizo un gran número de comentarios y sugerencias de mucha utilidad que me salvaron de cometer varios errores y me hicieron entender mejor el

Tractatus: le estoy enormemente agradecido. Finalmente, me gustaría darle las gracias a Gemma Dunn de Routledge por su paciencia y su clarividente comprensión del proyecto.

Introducción

1. LA OBRA Y SU HISTORIA

El *Tractatus logico-philosophicus* de Wittgenstein es una de las grandes obras filosóficas del siglo XX. A juzgar por el alcance de su temática y por la profundidad de su pensamiento, no hay más que otras dos obras —inconclusas— que le sean comparables: *Ser y tiempo* de Heidegger e *Investigaciones filosóficas* del propio Wittgenstein. Pero aun en comparación con aquéllas el *Tractatus* resulta cautivador. Es muy breve y está redactado en un estilo epigramático. Se trata de una reflexión que trasluce el carácter del hombre que la escribió y su manera de pensar en el momento de escribirla.

Ludwig Wittgenstein nació en Austria en 1889, en el seno de una de las familias más acaudaladas de Europa. Disfrutó de una educación privilegiada en un ambiente de sofisticación cultural que llevaba aparejada una intensidad tal de expectativas que no fue fácil de sobrellevar (dos de sus hermanos se suicidaron cuando Wittgenstein era todavía un niño). Acabada la escuela, empezó a estudiar ingeniería, primero en Berlín y luego en Mánchester. Fue allí donde germinó su interés por las matemáticas y sus fundamentos. Leyó dos trabajos innovadores acerca de la fundamentación de las matemáticas que acababan de ser publicados: la obra temprana de Bertrand Russell *Los principios de las matemáticas* y la más o menos contemporánea de Frege *Grundgesetze der Arithmetik (Leyes fundamentales de la aritmética)*, que trataban de mostrar que la aritmética no se apoya más que en la lógica. En 1911, Wittgenstein vi-

sitó a Frege en Jena, y éste le recomendó que estudiara con Russell en Cambridge.

Por aquel entonces, las ideas de Russell se habían desarrollado y modificado. Russell acababa de publicar, junto con Alfred North Whitehead, los monumentales *Principia Mathematica*, que desarrollan con profusión de detalles y un gran despliegue de complejidad técnica —buena parte del cual era necesario para eludir una contradicción que Russell había encontrado en el sistema de Frege— las ideas generales que Frege esbozaba en los *Grundgesetze*. Russell era en aquel momento la figura más destacada en el panorama de la lógica contemporánea, pero tal como él mismo confesó, estaba fatigado tras la elaboración de los *Principia*. Wittgenstein se pegó a Russell como una lapa, persiguiéndole hasta su habitación e importunándole con preguntas incluso mientras se estaba vistiendo. Pero no tardó en dejar de ser una molestia: Wittgenstein aprendía extraordinariamente rápido y Russell no tardó en darse cuenta de que podía ser la persona que prosiguiera el desarrollo técnico de la lógica que él ya no podía llevar a término.

Hacia 1913, Wittgenstein daba forma a las ideas sobre lógica que más tarde iban a convertirse en la columna vertebral del *Tractatus*. Aquel mismo año aparecen esbozadas sus primeras ideas en *Notas sobre lógica*, obra (publicada hoy en día como apéndice de los *Diarios*) que constituye un importante recurso para aquellos que tratan de comprender el *Tractatus*. Sin embargo, a finales de 1913, Wittgenstein sintió que ya no podía realizar el trabajo para el que estaba capacitado mientras estuviera en Cambridge, así que decidió marcharse a vivir solo en Noruega y trabajar allí. En la primavera de 1914 le hizo una visita a otro filósofo de Cambridge, G. E. Moore, destacado impulsor de la rebelión contra el hegelianismo que inauguró la filosofía analítica en el mundo de habla inglesa. A pesar de su prestigio académico, Moore ni siquiera pudo discutir con Wittgenstein de igual a igual; de hecho, solía tomar notas de lo que

Wittgenstein le dictaba. Aquellas *Notas dictadas a G. E. Moore en Noruega* también aparecen publicadas como apéndice en los *Diarios*.

Sin embargo, en el verano de 1914 estalló la Primera Guerra Mundial y Wittgenstein se alistó en el bando austríaco. No eludió sus deberes militares —no en vano estaba ansioso por ser enviado al frente y una vez allí mostró un extraordinario coraje—, pero tampoco dejó de hacer filosofía. Han sobrevivido muchos de los diarios que rellenoó con sus anotaciones, publicados como *Diarios 1914-1916* (aunque las últimas anotaciones están fechadas en enero de 1917). La primera entrada reza: «La lógica ha de preocuparse de sí misma».

Durante la mayor parte de los dos primeros años, las inquietudes de Wittgenstein se dirigieron sobre todo a dificultades que le planteaba su interés acerca de las obras de Russell y Frege. Pero, en junio de 1916, la unidad de Wittgenstein estaba inmersa en durísimos combates que se cobraban incesantes bajas. Sus notas de aquel momento atestiguan una especie de sacudida y se abren a cuestiones acerca del sentido de la vida —se trataba de las mismas cuestiones, a fin de cuentas, que tanto les habían preocupado a él y a sus hermanos mayores, al igual que a buena parte de cierta clase vienesa en los primeros años del siglo—. A partir de entonces la obra que estaba escribiendo comenzó a unificar su interés por los fundamentos de la lógica con una cierta actitud acerca de los problemas relacionados con el sentido de la vida.

El propio *Tractatus* fue elaborado durante los dos años siguientes a partir de los diarios escritos durante la guerra por Wittgenstein. Hay un primer borrador provisional, hoy en día conocido como *Prototractatus*, pero la versión definitiva fue mecanografiada en el verano de 1918. Sin embargo, a Wittgenstein no le resultaba fácil publicarla y al final tuvo que ser bajo los auspicios de Russell y gracias a la inclusión de una introducción explicativa del propio Russell

—que no agradó a Wittgenstein— como la obra vio la luz en 1922. Estaba escrita en alemán, pero apareció con una traducción en paralelo en el mismo volumen que, a pesar de presentarse como realizada por C. K. Ogden, parece haber sido obra de Frank Ramsey, brillante matemático y filósofo de Cambridge que por aquel entonces no había cumplido ni siquiera los veinte años.

Tras la aparición del *Tractatus*, Wittgenstein se retiró de la vida académica —incluso de la vida intelectual ordinaria que habría sido natural para un hombre con su formación—. Renunció a su fortuna y se convirtió en maestro de una escuela rural en un pueblo de Austria. Allí recibió alguna visita de Ramsey y poco a poco fue reverdeciendo su interés por la filosofía, merced tanto a las cuestiones que le planteó Ramsey como al interés de un grupo de jóvenes filósofos fuertemente influenciados por el *Tractatus* que habían formado en torno a la obra el Círculo de Viena de los positivistas lógicos.

En 1929 Wittgenstein optó por regresar a Cambridge y sometió a revisión los puntos de vista del *Tratatus*, lo cual fue haciendo que sus ideas se modificaran a lo largo de la década de los treinta hasta que estuvo en disposición de elaborar su gran obra de madurez, las *Investigaciones filosóficas* (el grueso de la cual estaba listo hacia 1945, aunque no fue publicada hasta 1953, con posterioridad a la muerte de Wittgenstein).

2. PROBLEMAS PARA LOS INTÉRPRETES

Hay dos cosas que hacen del *Tractatus* una obra particularmente difícil para los intérpretes —tanto para los filósofos profesionales como para los estudiantes—. La primera es el estilo en el que está escrito y la segunda su contenido. Wittgenstein confiesa sus propósitos estilísticos en el Prefacio. Así reza el párrafo de apertura [1](#) *:

Este libro sólo será entendido quizá por quien alguna vez haya pensado por sí mismo los pensamientos que en él se expresan o, al menos, pensamientos parecidos. No es éste, pues, un libro que pretenda sentar doctrina. Su objetivo lo alcanzaría si procurase placer a quien lo leyera comprendiéndolo.

No iba a ponérselo fácil al lector. Ecos de la misma idea se perciben en el prefacio de su obra posterior, *Investigaciones filosóficas*. «No quisiera con mi escrito ahorrarles a otros el pensar, sino, si fuera posible, estimular a alguien a tener pensamientos propios» (IF, 14, 15).

Eso tiene como mínimo en común el primer Wittgenstein con el autor de las *Investigaciones*. De hecho, es mucho más difícil comprender el *Tratatus* que las *Investigaciones filosóficas*: hay pasajes del *Tractatus* en los que Wittgenstein parece abreviar la expresión de su pensamiento con la intención de hacerlo más difícil en vez de más fácil de entender. Es patente la diferencia de tono entre su obra temprana y la de madurez: *Investigaciones filosóficas* es una obra cargada de paciencia —una paciencia que a veces se diría condescendiente—, mientras que, si por algo se distingue el *Tractatus*, es por las prisas que parecen atenzar a su autor. Este contraste puede ser ilustrado mediante un ejemplo: mientras que buena parte del despliegue técnico que Whitehead y Russell realizan en su monumental obra *Principia Mathematica* está pensado como respuesta a la paradoja que Russell encontró en el sistema de Frege, en el *Tractatus*, Wittgenstein no le dedica a la cuestión más que cinco proposiciones (3.331-3.333), antes de concluir: «Con esto desaparece la paradoja de Russell» (3.333).

La obra da la sensación de haber sido escrita con el propósito de que su comprensión resulte lo suficientemente ardua como para que el lector se vea forzado a pensar por sí mismo. Por desgracia, esto parece haber frustrado una de las ambiciones del libro: es plausible la hipótesis de que

Wittgenstein esperara que Frege en particular fuera «uno de los que lo entendieran al leerlo», dado que le envió una copia mecanografiada del texto antes de que fuera publicado, pero Frege no logró entender nada con ella. (Sin embargo, las esperanzas de Wittgenstein no quedaron por completo frustradas: hubo al menos una persona que leyó el libro y lo entendió incluso deleitándose: Frank Ramsey).

Las dificultades derivadas de la comprensión estilística de la obra son de no poca enjundia. Aquellos que empiezan a hablar una lengua extranjera son conscientes del peligro que suponen los «falsos amigos» —palabras a las que atribuimos un significado similar al de otras palabras de nuestra propia lengua a las que se asemejan, pero que de hecho significan algo en todo punto diferente—. En el *Tractatus* abundan los falsos amigos, incluso —acaso especialmente— para los académicos especializados. Hay expresiones y guiños en la argumentación que parecen referirse a otros autores ya conocidos, y a esas reminiscencias trata de agarrarse el lector, pensando que Wittgenstein tiene en mente lo mismo que esos autores, pero con frecuencia no es así.

Pero no es un mero afán de perversidad lo que inspira el estilo de Wittgenstein; su texto, por el contrario, parece guiado por un cierto sentido de austeridad poética. En el Prefacio escribe: «Si este trabajo tiene algún valor, éste consiste en dos cosas. La primera de ellas es que en él se expresan pensamientos, y este valor será tanto mayor cuanto mejor expresados estén. Tanto mayor será cuanto más se haya remachado en el clavo» (*TLP*, pág. 105).

(Enseguida nos ocuparemos de la segunda cosa). Vemos aquí a Wittgenstein interesándose principalmente por cómo están expresados los pensamientos del libro —de hecho, esto llega antes de la cuestión de si esos pensamientos son verdaderos (cosa de la que Wittgenstein se ocupa en el párrafo siguiente)—. Sus preocupaciones aquí son las propias de un poeta (aunque la imagen que usa sea bastan-

te tópica), y pretende que el *Tractatus* funcione poéticamente. En mi opinión, tal como veremos en un momento, hay una razón concreta para ello aparte de las meras consideraciones estéticas.

Por desgracia para quien trate de comprender el *Tractatus*, ese estilo poético puede asemejarse a un falso amigo: la misma cadencia de algunas de las proposiciones del libro nos cautiva haciéndonos pensar que sabemos lo que dicen cuando en realidad no es así. La misma proposición inicial del libro —«El mundo es todo lo que es el caso»— es un ejemplo de ello.

La otra dificultad del libro tiene que ver con su contenido —o más bien con un rasgo particular de su contenido—. En ocasiones es una obra técnica y las prisas con las que Wittgenstein parece ir exponiendo su pensamiento no ayudan a hacerla más accesible, pero no reside ahí el mayor problema: el verdadero problema es que, a la vista de ello, se diría que la obra es paradójica, que parece desmentirse a sí misma. La penúltima sección del libro empieza: «Mis proposiciones son elucidaciones de este modo: quien me entiende las reconoce al final como sinsentidos, cuando mediante ellas —a hombros de ellas— ha logrado auparse por encima de ellas» (6.54).

Resulta patente, por supuesto, que Wittgenstein no puede resistirse a expresar esto de manera poética. Pero el problema clave es que esa observación parece afirmar que las proposiciones del libro («Mis proposiciones») no tienen significado en absoluto.

A fin de comprender el problema que esto produce para el intérprete es necesario que reflexionemos un poco acerca de la práctica de la interpretación, que está guiada por lo que se conoce como el *principio de caridad*. La idea que subyace al principio de caridad es que no se puede interpretar bien a alguien si se le retrata como un idiota. Pero hay aquí una cuestión más sencilla y grave: interpretar un texto es darle sentido, y darle sentido a un texto es repre-

sentarlo como dotado de sentido. Por lo general, representar un texto como dotado de sentido es representarlo como diciendo algo que es razonable decir en su contexto. Pero es condición mínima para ello que uno represente el texto como dotado literalmente de sentido —es decir, como algo que no carece de significado—. La penúltima sección del *Tractatus* parece poner sobre las espaldas del intérprete una carga imposible de llevar: para representar las proposiciones del *Tractatus* como diciendo algo que sea razonable parece que tenemos que representarlas como no diciendo nada en absoluto.

Este problema general tiene también aplicaciones particulares. Con frecuencia, si estamos interpretando una obra, tenemos razones para pensar que su autor no está diciendo una cosa si contamos con una evidencia clara de que ha negado esa misma cosa. Desafortunadamente, si una obra se declara a sí misma paradójica, esa regla no puede usarse si no es con extrema cautela. Tenemos que hacer juicios muy delicados para decidir qué negaciones indican que el autor no quiere decir algo y cuáles no. En el caso del *Tractatus*, un intérprete puede considerar que Wittgenstein dice algo mientras que otro puede señalar un fragmento del texto y decir: «Pero mira: aquí lo niega». El primer intérprete todavía puede responder: «Sí, ciertamente, así es», sin que se sienta presionado por ello para revisar su interpretación.

Mi punto de vista es que el carácter paradójico de la obra es una de las razones de que su modo de expresión sea tan importante —la importancia del estilo poético en el que está escrita—. Como la obra es paradójica —porque de acuerdo consigo misma carece de significado—, no puede ser tomada en realidad como si tratara de decir algo. De ahí que lo poético del lenguaje pueda ser entendido de otra manera: trata de alcanzar un propósito diferente de la afirmación de verdades (pero de esta cuestión nos ocuparemos en el último capítulo).